

#### CAPITULO IV.

¿Qué rumor, tan á deshora,  
Se oye cerca de casa!  
¿Es gente que corre, ó pasa,  
¿Le causa quien enamora,  
O quien su desdicha llora?

DRYDEN.

Puede creerse muy bien no faltaria el intrépido Smith por el mundo entero á la cita del que le tenia destinado para yerno. Cuidó para ello de vestirse con mas prolijidad que acostumbraba, alejando de si lo posible cuanto podia parecer marcial. Siendo demasiado cono-

cido en la ciudad, no debía salir de casa enteramente indefenso, y mucho menos reconociendo que si podia contar muchos amigos, tambien á causa de su genio y sus hazañas, no le faltarian enemigos mortales, de quienes sabia no le tratarian con piedad, si se les presentaba la ocasion de atacarle bien á su salvo. Vistióse lo primero de un famoso ajustador, que era una cota de malla ligerita y flexible, de modo que para nada le incomodaba; pero tambien, trabajada con esmero y á toda prueba, capaz de preservarle. Por encima de dicha armadura se puso, como los otros paisanos de su edad, un par de calzones y un perpunte de paño rico flamenco en honor de la festividad, uno y otro de un hermoso azul celeste, guarnecido de raso negro y bordado de raso del mismo color, botas de buen cordoban y su capa buena de paño escocés color de la lana, que le servia para ocultar un cuchillo de monte pendiente del cinturon, y este era la única defensa que llevaba; porque no tenia mas que un baston de acebo en la mano como por galanteria; llevaba un rico casquete de terciopelo

negro, por dentro forrado de acero y relleno entre la tela y el forro lo bastante para cubrirle, adornarle, y en caso necesario, defenderle la cabeza, no quedándole la menor duda sobre esta última circunstancia.

En suma, Smith, considerado su conjunto, parecia lo que realmente era, un paisano rico, digno de aprecio, y que por su modo de vestir, se daba la importancia que le era debida, sin elevarse á mayor altura que la de su clase, y sin aspirar á la noble. Su traza era la de un hombre franco y resuelto, y aunque sus modales indicaban no intimidarle nada, no se parecian de modo alguno á los de los espadachines y valentones de su tiempo, con quienes, muy contra justicia, se le confundia no pocas veces, atribuyendo las pendencias que tenia, siempre á lo violento de su genio, resultado de la confianza que podia infundirle su fuerza y maestría en el manejo de las armas. Todas sus facciones, bien por el contrario, expresaban la ingenuidad y buen humor de un hombre, que no trata de insultar á nadie, ni teme le insulten.

Luego que se halló vestido lo mejor que pudo, el honrado armero llevó al lado del corazón un regalito que tenía preparado largo tiempo había para Catalina Glover, regalo que le sería permitido presentarle como su Valentin, y para cuya admision tambien estaria pronta por la misma razon la Linda Doncella de Perth sin escúpulo alguno. Era, pues, el tal presente un rubí tallado en forma de corazón, traspasado con una flecha de oro, y metido en una bolsita de anillitos de acero entrelazados, y toda ella trabajada con toda la prolijidad y primor que pudiera estarlo la loriga que debiera presentarse al mismo rey. Leíanse alrededor de la bolsa estas palabras:

Traspasa los corazones  
Por la mas espesa malla  
El duro dardo de amor.

Habia costado al armero algun trabajo este mote; y estaba muy satisfecho de su invencion, que le pareció muy oportuna, pues pensó significaba que su arte basta para gua-

recer los corazones todos, excepto el suyo, que no habia podido defenderse, aun cubierto de la malla, contra la mortal herida de amor, causada por la peregrina belleza de su Catalina. Embozóse muy bien con su capa y atravesó presuroso las calles, todavia desiertas, para estar al frente de la consabida ventana al rayar del alba.

Pasó con este objeto High-Street, y tomando un pasadizo, en donde está hoy situada la iglesia de San Juan para llegar á Curfew-Street, le pareció por el aspecto del cielo haber salido de casa una hora mas antes de lo necesario, y juzgó mas conveniente llegar al puesto nada mas que al tiempo crítico; no pareciéndole inverosimil rondasen otros galanes la puerta de Catalina, y no queriendo exponerse á que tal ocurrencia le diera por su flaco, y se viera en precision de comenzar á trastazos con ellos.

Iba diciendo entre sí:—Pues que la grande amistad del padre Simon me prefiere á todos, ¿por qué deberé yo ensangrentar mis

manos en esos pobres peales tan poco dignos de mi enojo, siendo mucho menos felices que yo? No, no; por esta vez seré prudente, ahuyentando lejos de mí la tentación de tomar las armas. No les daré más tiempo de buscarme la boca, que lo necesario para dar el silbido acordado, y para que me responda el padre Simon. No concibo yo como logrará que se presente su hija para verla yo á la ventana, y si supiera ella la intención que lleva en esto, no dudo le costaría mucho el reducirla.

Ocupado el armero en estos pensamientos, iba menos vivo el paso, mirando hácia el oriente, y levantando los ojos al firmamento, donde no se divisaban señales algunas de claridad, que anunciaran la venida del aurora, si ya no muy distante, para los deseos de Gow, muy lejana y digna por lo mismo de las quejas del amante, que acusaba su pereza en presentarse á su vista. Caminaba paso á paso á lo largo de la pared de la capilla de Santa-Ana, sin olvidarse de santiguarse y rezar un *ave María* al pasar por este sitio sagrado, cuando llegó á sus oídos una voz que le pareció salir del

fondo de la capilla, y que decia: — El que debia ir corriendo va muy despacio.

— ¿Quién es quien habla? dijo Smith en alta voz y mirando á todas partes, algun tanto maravillado de que le hablasen, y en tal tono de voz, así como con palabras tan singulares.

— Nada importa quien habla, despáchate; que sino llegarás tarde; no respondas, marcha.

— Santo, pecador, angel ó demonio, dijo Smith haciendo la señal de la cruz, tu aviso me viene muy á tiempo, para que yo le desprecie: ¡San Valentin me dé piernas!

Al decir esto iba tan ligero, que pocos hubieran podido seguirle, y á poco tiempo se halló en la calle de su dama, donde sin haber dado tres pasos por la acera de la casa donde vivia Simon Glover, situada hácia el medio de esta calle muy estrecha, dos hombres, apostados cada uno á una pared, se vinieron al mismo tiempo en acción de impedirle avanzar; y la oscuridad no le permitió divisar mas sino que tenian el plaid como los montañeses.

— ¡Despejad luego malvados! dijo con fir-

meza y con una voz propia de sus pulmones.

No le respondieron, á lo menos de modo que pudiera percibir lo que decian; pero pudo ver echaban mano á las espadas, resueltos á cortarle por la fuerza el paso. Smith, dejándose llevar de conjeturas alarmantes, sin saber lo que temer debia, resolvió franquearse á todo trance un camino, lo que no podia menos de hacer para defender á su dama, ó morir á sus pies. Envolvióse con la capa el brazo izquierdo, para que le sirviese de broquel, y se adelantó con osadía y prontitud á los dos hombres. El mas inmediato á él le tiró una buena estocada, que reparó con su escudo de lana; Enrique le contestó luego con una puñada tan fuerte al medio del rostro con el brazo izquierdo, echándole al mismo tiempo una zancadilla con la pierna derecha, que le tiró por tierra, y casi al mismo instante sacudió un mandoble al otro de su derecha con el cuchillo de monte que le hizo medir el suelo, cayendo al lado de su compañero.

Hallándose mas alarmado que nunca, y no sin causa, viendo guardada la calle por extranjeros que cometian tales violencias, siguió su

camino con la mayor celeridad. Oyó hablar en voz baja al pie de una ventana del guantero, y precisamente de la misma, en que debia él ver asomada á Catalina, para tener el derecho de ser su Valentín; púsose arrimado á la pared fronteriza para reconocer el número y el intento de los que allí se hallaban; pero uno de los que bajo la ventana se le presentaban, ó por haberle oido pasar por la calle ó por haberle visto, teniéndole por uno de los centinelas, le dijo en voz baja: — ¡Qué ruido es ese, Kenneth! ¿Por qué no has hecho la seña?

— ¡Ah malvado! dijo Enrique, ¡ya te conozco y ahora vas á morir! Diciendo y haciendo, le tiró á la cabeza una cuchillada, que hubiera realizado su prediccion, si el extranjero, levantando el brazo no hubiera reparado el golpe tirado á la cabeza; la herida debió ser de gravedad, porque comenzó á tartalearse y dió por tierra, suspirando profundamente. Smith sin pensar en él, fué volando á la ventana, donde habia un grupo de hombres, ocupados en arriar á ella una escalera: entonces ya no pensó en cuantos eran, ni menos en sus designios;

sino que dando el grito de alarma segun uso, y al que no dejan de acudir los ciudadanos que le oyen, se arrojó sobre estos pájaros nocturnos, de los cuales subia uno ya por la escalera; tomóla por un peldaño y dejándola caer, vino abajo el que la ocupaba, púsole al momento un pie sobre el cuerpo y le impidió se levantara. Atacáronle los otros con el mayor furor para librar á su compañero, pero la cota de maila de Smith hizo muy bien su papel, y él les daba dobles golpes, llamando gente á grandes voces. — ¡Al socorro! ¡Saint-Johnstown! ¡Al socorro, sablazos y lanzazos! ¡valientes ciudadanos, sablazos y lanzazos! ¡Que fuerzan nuestras casas en la oscuridad de la noche!

Estas palabras, que resonaron por toda la calle y las inmediatas, iban acompañadas de golpes furibundos que, distribuidos en todas direcciones por un brazo fuerte, producian su buen efecto en aquellos que le acometian. Mientras tanto los vecinos comenzaron á despertar y á presentarse medio vestidos los unos, y en camisa los otros, estos con palos, aquellos armados de lanza y escudo, y algunos con ha-

chas encendidas. Los desconocidos no pudieron escoger otro partido que tomar el portante, y todos escaparon menos el que habia sido derribado con la escalera. Háiale nuestro armero agarrado por el cuello tan luego como salió de entre sus pies, y le tenia tan bien asido como lo está un perro á la oreja del toro. Los heridos por mano de Gow se vieron fuera del peligro de ser presos, porque sus compañeros cuidaron de llevárselos.

— Esos son los bribones alborotadores; dijo Enrique á los paisanos que comenzaron á juntarse, — Seguid, corred tras esos pícaros; no iran muy aprisa, porque algunos van bien pringados, gracias á mi cuchillo de monte; no dejéis el rastro de la sangre y de cierto dareis con ellos.

— Estos serán algunos tunantes de montañeses; vamos, vamos tras ellos: dijeron algunos ciudadanos.

— Es preciso prenderlos; si, andad tras ellos, que yo me gobernaré con este perillan.

Los paisanos marcharon por distintas direcciones con las hachas encendidas, gritando, y haciéndose oír por todas partes.

Entonces el prisionero de Enrique trataba de alcanzar su libertad; valiéndose de súplicas, promesas y amenazas.

— Si sois un caballero, dijo al armero, dejadme ir en paz y lo pasado pasado, y tendreis el perdon de todo.

— Ni yo soy caballero, sino un vecino de Wynd en Perth, ni yo tengo nada por que desear perdon.

— Villano, dijo el detenido, tú no sabes lo que has hecho, pero si me sueltas te llenaré el birrete de piezas de oro.

— Pronto tendrás el tuyo lleno de cascotes de tu cabeza, respondió el armero, como hagas el menor movimiento para escapar, porque ahora eres mi prisionero.

— ¿De qué se trata? ¿qué bulla es esa? hijo mio Enrique? dijo Simon desde su ventana. Te oí hablar en tono muy distinto del que aguardaba. ¿Qué significa tanta bulla y ese movimiento de los vecinos?

— No es cosa; una gavilla de infames, que ya estaban para escalar la casa, entrando por la ventana, y vea vm. aquí esté pajarraco que ya estaba en la escalera; pero le hice dar de costillas y le tengo aquí tan firme como el tornillo á la chapa.

— Hágame vm. favor de oír dos palabras que debo decirle á solas, dijo el prisionero, permítame vm. hablarle y sáqueme de las garras de este cabeza de plomo y manos de hierro; yo le probaré que no tuve intencion de causarle á vm. ni á nadie mal ninguno, y le haré saber cosas, que le tendrán mucha cuenta.

— Como que conozco esta voz, dijo Simon al abrir la puerta de su casa, con una linterna sorda en la mano. Hijo mio Smith, deja venir á ese joven y que me hable, no hay porque temerle; yo te lo aseguro; pero estate ahí un poco mas, y cuida de que nadie se acerque á la casa ni para embestirla ni defenderla. Yo respondo de este guapo, sobre que no ha pensado en hacer mas que una valentinada.

Entonces hizo entrar el prisionero en su casa, y cerró luego la puerta, dejando confuso

á Smith, á quien no pudo menos de parecerle raro el modo con que tomó su futuro suegro esta chocante aventura. — ¡Una valentinada! repetía él, ¡una chanza! no hubiera sido mala chanza de san Valentín, si no me hubiera advertido la voz respetable y amistosa, y si yo al oirla, no hubiera llegado á tiempo de que no entrasen por la ventana, y de que acaso y sin acaso se hubieran metido como que no hacían nada en el cuarto de la muchacha. Que dé gracias al que me advirtió desde el fondo de la capilla, porque segun pienso era la voz de la bendita santa Ana; ¡pero quien soy yo para que me hable esta santa? á lo menos no se hablaron tales palabras sin permiso suyo; y prometo darle un cirio tan largo como mi cuchillo de monte. ¡Ah, desgraciado! ¡Que no hubiera yo traído mi gran claymora tanto por el honor de Saint-Johnstown como por esos canallas de montañeses! Porque los cuchillos de monte son juguetes muy bonitos, pero mas propios para el manejo de los muchachos que de los hombres. ¡O mi fiel troyana si hubieras tú venido á mi lado, en lugar de quedarte col-

gada á la cabecera de la cama, no hubieran apelado á las piernas estos tunos! Pero aquí viene gente con luces y espadas desnudas. ¡Ola! ¡Alto allá! ¡Sois vosotros por Saint-Johnstown? Ah, sí; sois los amigos de la hermosa ciudad, avanzad pues. Muy bien venidos.

— Hemos visto y seguido la caza, pero nada hemos cogido, dijo uno de los paisanos. Hemos ido por el rastro de la sangre hasta el cementerio de Dominicos, y vimos entre las sepulturas como sostenian dos bribones á otro tal, quien probablemente estaria señalado por Enrique; pero llegaron á la puerta falsa antes que nosotros, tocaron la campanilla, se les abrió la puerta y entraron. Con que ya están seguros en el sagrado, y nosotros debemos irnos á nuestra cama fria para ver si entramos en calor.

— Sí, sí; dijo otro. Los santos Dominicos siempre tienen un hermano de guardia, para dar entrada franca en cualquier trance á todo pobre que pide asilo.

— Con tal que dicho pobre pueda pagar bien, contestó otro; pero el que se halla tan pobre



de bolsa como de espíritu, puede muy bien esperar á la puerta, hasta que los perros que van tras él, se acerquen á morderle.

El cuarto de los paisanos, que habia estado como buscando algo con el hacha, se levantó para hablar. Era un hombre chiquitillo, pero de buena traza, y vivo, que lo pasaba muy bien, por nombre Olivier Proudful. Era la primera tijera del gremio de gorreros, y así hablaba con autoridad. — Valeroso Smith;—dijo, porque se veia muy bien con las hachas y podia conocerle:— ¿podrás decirnos quienes son esos alborotadores que han inquietado los moradores de nuestra ciudad?

—Los dos primeros que se me pusieron delante, me pareció tenían el plaid de montañeses.

— Es muy probable, dijo un paisano, meneando la cabeza. Es una vergüenza tener todavía sin reparar los portillos de nuestras murallas, para que estos atrevidos montañeses vengan á inquietar, y hacer salir de sus camas á tantos hombres de bien, en lo mas oscuro de la noche, que es cuando gustan asaltarnos estos insolentes.

— Pero, vecinos ¿qué es esto? dijo el gorrero, y les presentó una mano, que acababa de levantar del suelo.—¿ Cuando una mano como esta atacó las calzas de un montañés? Miradla bien, es una mano grande y vigorosa, pero la piel es fina y blanca como la de una dama, y en este dedo tiene una sortija brillante como las estrellas. Mucho me puedo yo engañar si Simon Glover no ha hecho guantes para esta mano; porque todos los señores de la corte son parroquianos suyos.

Examinaron los espectadores la prueba sangrienta de las hazañas del armero, y cada uno hizo su comentario sobre la materia.

— Entonces, dijo uno de ellos, bien puede tomar las de Villadiego Enrique Smith, pues por mas que alegue quiso defender la casa del ciudadano, el juez no pensará basta esto para cortar la mano á un hombre de calidad; y las leyes contra la mutilacion son muy severas.

—Ande vm., Miguel Wabster, ande vm., dijo el gorrero, ¿puede vm. decirnos cosa semejante? ¿No somos nosotros los representantes de los antiguos Romanos, y sucesores de los mismos que

fundaron la ciudad de Perth, y que la hicieron tan parecida como pudieron á su misma ciudad; no tenemos nosotros ordenanzas de todos nuestros grandes reyes, que nos han declarado sus amados vasallos? ¿Permitiria vm. renunciásemos nuestros derechos, privilegios é inmunidades, nuestra alta, baja y mediana justicia, nuestro derecho de multar, confiscar, prender y condenar á muerte en caso de delito *en flagrante*? ¿Debemos permitir, que la casa de un ciudadano tranquilo sea impunemente asaltada? No; eso no, bravos ciudadanos, compañeros y paisanos. Antes correrá el Tay hácia Dункeld, que es agua arriba, primero que sufrir nosotros tal injusticia.

— Y ¿cómo podremos impedir suceda eso mismo? preguntó un anciano venerable, que se apoyaba en una espada de dos manos, ¿qué deberíamos hacer para eso?

— A fe mia, bailío Craigdallie respondió Proudfoote, nunca hubiera yo pensado que me hiciera vm. tal pregunta. Mi opinion es, que vayamos desde aquí todos juntos, como hombres de pro, á presentarnos al rey, aun con el ries-

go de turbarle su reposo, y hacerle conocer lo sensible que nos es vernos obligados á saltar fuera de la cama en una estación como esta, poco menos que en camisa; mostrarle esta mano sangrienta suplicándole nos declare si es justo y conforme á razon, que sus amados vasallos hayan de sufrir este trato de los nobles y caballeros de su corte desarreglada, y esto es lo que yo llamo hacer valer con eficacia nuestra causa.

— Con todo, y aunque dices con eficacia, replicó el viejo bailío, como soy que nos quedariamos tiesos de frio, primero que diese el portero la vuelta á la llave, para darnos entrada, y que fuésemos admitidos delante del rey. Vámonos, amigos, vámonos, que la noche está muy cruda, nosotros hemos cumplido con nuestro deber, como unos hombres, y nuestro valeroso Smith ha dado á los que traten de insultarnos una leccion dura y viva, que vale por veinte proclamas del rey. Mañana será otro dia, nos juntaremos aquí mismo, para deliberar sobre lo que debemos hacer á fin de reconocer los autores de este desorden, y hacer que los pren-

dan. Entretanto retirémonos, antes que se nos hiele la sangre.

— ¡Bravo, bravo, vecino Craigdallie! clamaron por todas partes, ¡viva y siempre viva Saint-Johnstown!

Bien hubiera querido replicar Olivier Proud-fute, pues era un orador inexorable, cual otros muchos, que se piensan poder superar por su elocuencia todos los inconvenientes del tiempo, lugar y circunstancias; pero ninguno esperó para oírle, y se fueron cada uno á su casa, alumbrados por los primeros rayos de luz que á dar comenzaba ya la aurora, surcando por todas partes el horizonte.

Apenas se habian marchado, cuando el viejo Glover abrió la puerta de su casa, y tomando á Smith por el brazo le hizo entrar adentro.

— ¿Dónde está el prisionero? preguntó Enrique.

— Se marchó, se escapó, se salvó, ¡qué sé yo! Se ha ido por la puerta falsa y atravesó el jardinillo. No pienses en él; ven á ver la Valentina, cuya vida y honor has defendido esta madrugada.

— Déjeme vm. limpiar antes el cuchillo, y lavarme las manos, dijo Smith.

— No se debe perder un momento, ella está levantada y casi vestida, replicó Glover.— Ven tras mí: quiero te vea ella con tu arma famosa en la mano, y el brazo cubierto de sangre de los miserables, para que aprenda como debe apreciar á un hombre de valor. Bastante tiempo me ha dado tapaboca con su gazmoñería y sus escrúpulos. Intento que sepa el precio del amor de un hombre intrépido, y un artesano valiente.